ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

¡DON MARTIN!

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

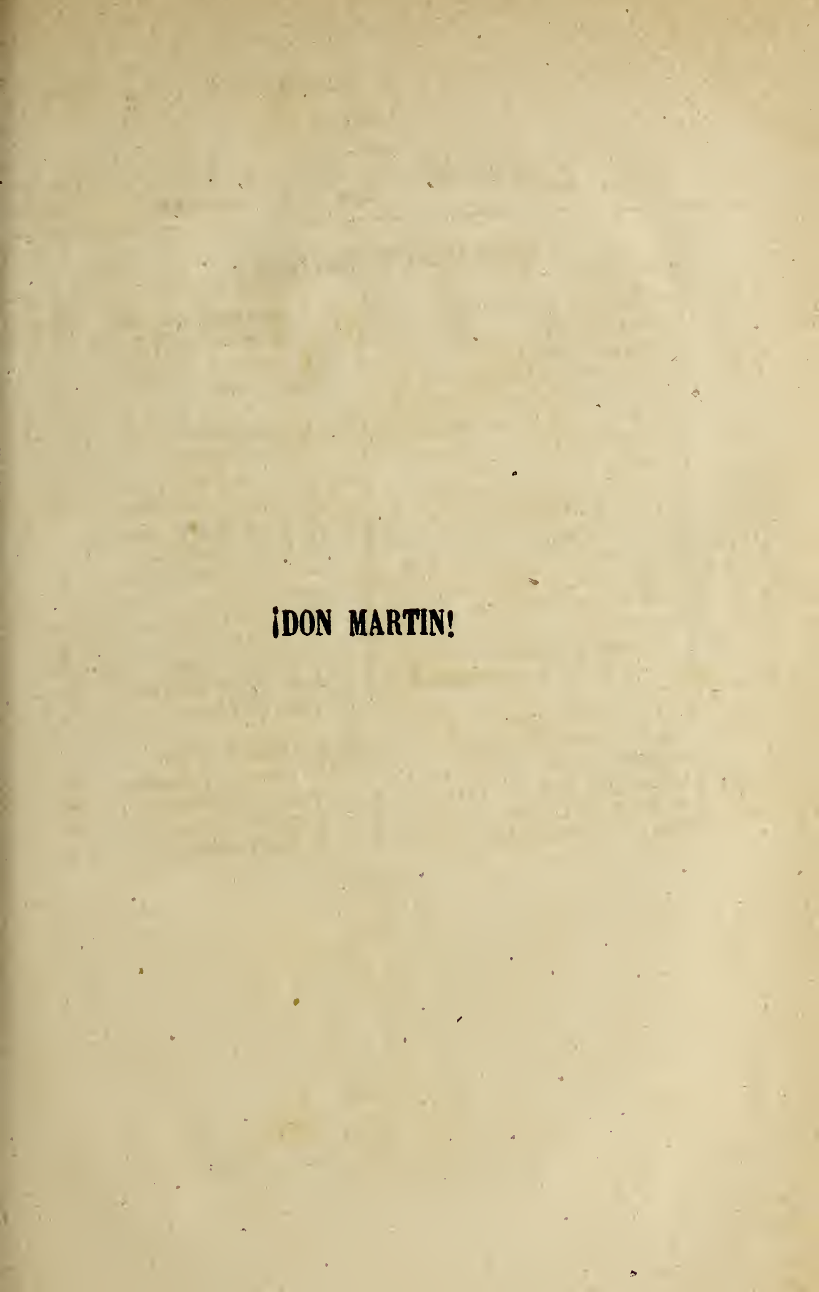
MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de 1.° de Abril de* 1877.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

3	3	Casamientos y vice-versa.....	1	D. Daniel Balaciart.....	Todo.
		Dimats 13..................	1	José Ovara..........	»
»	»	El conde Patricio............	1	G. Sanchez Castilla..	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier..........	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.....................	1	Elías Aguirre.	»
3	1	Fuerza mayor................	1	José Estremera......	»
		La mamá de mi mujer........	1	Eduardo Maza.......	»
		Los tres novios de la niña....	1	M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.........	1	Eugenio Sellés.......	»
2	2	Por un anuncio..............	1	J. G. de Iribarrén...	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant......	»
		Un aprenent de ¡lletí..........	1	José Ovara..........	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
5	2	¡Don Martin!.................	3	R. Lopez del Rio...	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva....................	3	D.ª Elisa de Luxán.....	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia.......	3	D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata.............	3	F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey............	3	Valentin Gomez.....	»
3	2	Los niños y los locos.........	3	Eusebio Blasco.....	»
		Pablo ó la Providencia.......	3	F. Cid Rodriguez...	»



¡DON MARTIN!

PERSONAJES.	ACTORES.
PAULINA	Sra. García.
JUANA	Srta. Luna.
SALAZAR	Sres. Vallés.
DON NICOMEDES	Luján.
LUIS	Ruesga.
BECERRO	Tamayo.
FRANCISCO	Lastra.

La escena del acto primero y tercero pasa en Madrid y el segundo en Pinto.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada; puerta al foro y laterales; velador con recado de escribir. Una caja de madera que contiene dentro un reló de sobremesa con su fanal.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO, á poco D. NICOMEDES con carta, puerta derecha.

FRANC. Pues señor, ya han dejadu corriente los albañiles la puerta de comunicacion entre don Nicomedes y mi señoritu. Así tenemos dos casas en vez de una. Peru qué demoniu de liu traerá mi señor hace dias, que nunca pára un momentu en casa. Me parece que va á acabar muy mal.

NICOM. (Entrando.) Ajá, já! Esto es lo que yo deseaba. Ya estamos comunicados mi futuro yerno y yo. Hola, Francisco!

FRANC. Buenos dias, don Nicomedes.

NICOM. Qué te parece mi idea?

FRANC. Cuál?

NICOM. La puerta de comunicacion!

FRANC. Ah, muy bien! Peru comu decía usté una idea y es una puerta...

NICOM. (Habrá bestia!) Cuando Salazar me pidió la mano de mi hija Paulina, me hice la cuenta siguiente: si se casa con ella, siendo vecinos, es muy fácil comunicar las dos casas y nos ahorramos de subir y bajar escaleras. Esta idea me la sugirió la *Corrrespondencia de España,* leyendo un artículo sobre el túnel del canal de la Mancha.

FRANC. Van á poner un *tunél* en la Mancha?

NICOM. Así podré pasar de mi casa á esta á todas horas del dia y de la noche, cuando tenga necesidad de preguntar á mi hija alguna cosa. Ah! dime: está visible mi futuro?

FRANC. Y qué es esu de futuro?

NICOM. Tu amo, Salazar.

FRANC. Mi amu? Nun señor.

NICOM. Pues dónde está?

FRANC. Está en el bañu.

NICOM. Lo siento; hubiera querido saber su opinion sobre una carta que creo de gran valor. Ya sabes que no entra en mi casa un fragmento de papel, por pequeño que sea, que no lo examine con escrupulosa atencion, por aquello de «donde menos se piensa salta...»

FRANC. Un buen bebedor.

NICOM. No es eso precisamente, pero viene á ser lo mismo. Á veces se hacen descubrimientos inesparados... Sin ir más lejos; ayer Salazar le regaló á mi hija un ramo de flores, y envolviendo sus tallos venía esta carta. Esta joya, este documento precioso para mí coleccion de autógrafos. Está firmada por Juana.

FRANC. Juana la cocinera?

NICOM. No tengo más que una duda que puede dar márgen á una cuestion científica. Es Juana de Nápoles ó Juana la loca?...

FRANC. Nun conozco á ninguna de las dos.

NICOM. Sin embargo, debe ser Juana de Nápoles.

FRANC. Por qué!

NICOM. Porque está en italiano y no he podido entender una palabra.

FRANC. Pues es una bizcoca.

NICOM. Pero nada, me afirmo en lo dicho.

FRANC. (Este señor está tucado de la cabeza.)

NICOM. Calle, un papel; si será de confucio. (Recogiendo uno del suelo y leyéndolo.) «Cuatro camisas, seis servilletas, tres calzoncillos.» Es una cuenta de lavandera; otra vez seré más afortunado.

FRANC. Lo dicho, ha perdido la brujuela.

NICOM. (Reparando en una caja de madera que estará encima del velador.) Qué caja es esta?

FRANC. Esu es un reló que ha cumprado el amu anoche.

NICOM. Un regalo para mi hija; una agradable sorpresa. Ahora me explico por qué no pareció en toda la noche. Voy á llevárselo á Paulina, y asi seré yo quien se adelante á su deseo. (Coge la caja.) La verdad es que tengo un yerno muy galante. Hasta luego, Francisco! (Ahora me afirmo más en que debe ser Juana de Nápoles.)

ESCENA II.

FRANCISCO, á poco SALAZAR, por el foro.

FRANC. Pues señor; este hombre va derecho á Leganés. Peru dónde demoñuos habrá pasadu mi amu la noche? Mejor sería que en vez de comprar relojes cambiara de conducta, porque la vida que se lleva nun es para llegar á vieju.

SALAZAR. (Entrando sofocado y mirando á todas partes.) Estás solo Francisco?

FRANC. (Ah! ya está aquí!) Sí señor.

SALAZAR. Ha venido alguna persona á buscarme?

FRANC. Persona nun señor; don Nicomedes me ha preguntado por usted.

SALAZAR. Mi futuro suegro? Y qué le has dicho?

FRANC. Que estaba usted en el bañu.

SALAZAR. Perfectamente, Francisco; no te creía yo tan inteligente, tan listo.

FRANC. Lu que es listu nun sé si lo soy, peru honrado... lu que

es honradu... Así es que una mentira... si viera usted lo que me cuesta una mentira...

SALAZAR. (Y á mí tambien.) Vamos, toma un duro. (Dándole una moneda.)

FRANC. Lo tomu por no condescender, peru...

SALAZAR. Qué?

FRANC. Me permite usted que le diga una cosa?

SALAZAR. Dila.

FRANC. Pues bien; usted me ha engañadu, señuritu.

SALAZAR. Yo?

FRANC. Sí señor, yo entré en su casa de usted porque tenía usted fama de hombre de bien, y ahora salimus con que pasa las noches fuera.

SALAZAR. Quieres bajar la voz, animal!

FRANC. Y con treinta y cinco años, debía usted dejarse ya de intrigas amurosas.

SALAZAR. Yo no tengo intrigas de ninguna clase. Si salgo con tanta frecuencia de casa es... porque voy al campo... á casa de unos amigos... muy viejos... lo entiendes... muy viejos. Yo soy incapaz de engañar á mi querida Paulina! (Si estará escuchando?)

FRANC. Sin embargo...

SALAZAR. Te quieres callar!

FRANC. Buenu, me callaré, pero me costará mucho.

SALAZAR. (Dándole otro duro.) Sí, ya lo sé; toma otro duro y cállate.

FRANC. Ya le he dichu que lu tomo por no condescender.

SALAZAR. (La concieucia de este chico me va á arruinar.) Ah, dime, han traido anoche una caja?

FRANC. Sí señor.

SALAZAR. Pues sin decir á nadie una palabra vas á llevarla á la estacion del Mediodia; las facturas para Pinto.

FRANC. No es posible facturarla.

SALAZAR. (Qué animal.) Por qué?

FRANC. Porque la ha descamisado don Nicomedes.

SALAZAR. Cómo!

FRANC. Ni más ni ménos. Ha creido que era un regalo que ha-

cía usted á su hija y se la ha llevadu á su casa.

SALAZAR. (Me he lucido.)

FRANC. Míre usted, aquí se acerca con la señorita.

SALAZAR. Quién, la caja?

FRANC. El señor.

SALAZAR. Está bien, vete. (Váse Francisco.)

ESCENA III.

SALAZAR, D. NICOMEDES y PAULINA.

SALAZAR. Buenos dias, mi queridísima Paulina. Apreciabilísimo suegro.

NICOM. Qué tal, qué tal el agua?

SALAZAR. El agua?... Mal; ha inundado el melonar y todo ha desaparecido.

NICOM. Pero se baña usted en un melonar?

SALAZAR. El baño?... (Ah, sí, torpe de mí.) No, sino que... conque el agua... Buena; hoy estaba deliciosa, tanto que me he dado un baño de dos horas.

NICOM. (Qué barbaridad!) Se quedó usted dormido?

SALAZAR. Justo, como no llevé reló...

NICOM. Hombre, apropósito de... Hemos visto el regalo. Bonito, muy bonito reló.

SALAZAR. (Diablo!)

PAUL. Es una verdadera obra de arte.

NICOM. Oh! es que tu futuro, hija mia, tiene un gusto exquisito. Como yo. Hasta en eso nos parecemos.

SALAZAR. Pues mire usted, querido papá suegro, yo siento de todo corazon haber hecho esa compra y estoy decidido á cambiar el reló por otro.

NICOM. Hombre y por qué?

SALAZAR. En primer lugar ustedes creen que es de bronce, verdad?

NICOM. Sí.

SALAZAR. Pues es de yeso.

PAUL. De yeso?

SALAZAR. Creerán ustedes que es dorado, no es eso? Pues no se-

ñor. Es un simple barniz que en mojándose... pif, desapareció.

NICOM. Demonio!

SALAZAR. Y por otra parte, si he de ser franco, el grupo es de poco gusto. El rapto de Europa. Ustedes saben lo que esto significa?

NICOM. Hombre, bien claro está. El robo...

PAUL. De Europa.

SALAZAR. Bien, sí; pero ese *robo*, colocado en el despacho de un escribano, es como si se quisiera significar...

NICOM. Nada. Absolutamente nada; porque todo el mundo sabe que es un asunto mitológico, y que por lo tanto, no ha sucedido. Mucho ménos no siendo Júpiter escribano.

SALAZAR. Bien; pero mis clientes pueden asustarse.

PAUL. Pues, hijo mio, á mí me gusta mucho y deseo conservarlo.

SALAZAR. Lo que usted quiera, Paulina. (Compraré otro á Becerro.) Respeto el fallo de tan divina boca.

PAUL. Sí, bueno está usted. Todavía no se ha dignado decir qué tal me sienta el peinado.

SALAZAR. Ay, es verdad. Paulinita, usted dispense; con el incidente del reló... á ver? oh! magnífico, sencillísimo, elegantísimo, preciosísimo.

NICOM. (Y carísimo. Doscientos cincuenta céntimos de peseta ha costado el que la peinen, cuando por tres reales me hacen á mí esa operacion tres veces á la semana.)

SALAZAR. Sí, Paulina, crea usted que deseo por momentos poder llamarla esposa.

PAUL. Comprendo, como ya no tiene remedio.

NICOM. No; en cuanto á eso hija mia, estás en un error. Algunos matrimonios se han roto en el último minuto. Y sin ir más léjos, tu...

PAUL. Papá, á qué viene ahora...

NICOM. Pero muchacha, si eso no tiene nada de particular. Figúrese usted que hace un año Paulina se iba á casar con un jóven, cuando la víspera de verificarse el matrimonio, le puso galantemente de patitas en la calle,

porque descubrió ciertos amores que el indivíduo tenía con...

PAUL. Papá...

NICOM. Bien, descuida, que no diré que era una cantante. Pero admírese usted. El sujeto trató de vindicarse, y Paulina, hay que hacerla justicia, Paulina se mantuvo firme, y estoy seguro que hoy mismo si se presentára de nuevo el cantante; es decir, el indivíduo...

SALAZAR. Si ese señor se presentára y Paulina sintiera hácia él la menor inclinacion, aún estando al pié de los altares, la diría, «Señorita, es usted libre. Escoja usted.»

PAUL. Salazar!

NICOM. Sobre todo, querido yerno, lo que más me ha decido á entregarle á usted mi tesoro, es su irreprochable pasado.

SALAZAR. (Ya empezó Cristo á padecer.)

NICOM. Sin ir más léjos, ayer mismo me decía Paulina: Si alguna vez descubro que mi marido me ha ocultado algo de su pasado, el divorcio nos separará para siempre.

PAUL. Y lo haría, se lo juro á usted.

SALAZAR. (Ya escampa.)

PAUL. Además, como soy excesivamente celosa...

SALAZAR. Oh! ya procuraré yo pagar con creces el cariño que desde luégo se encierra en ese corazon, pues es evidente que donde se abrigan los celos existe el amor.

NICOM. Eso digo yo. Donde hay celos hay disgustos, quiero decir, cariño. Pero estoy seguro que Salazar te hará sumamente dichosa, porque yo hice feliz á tu madre.

PAUL. Y qué tiene que vér...

NICOM. No ha de tener que ver, si entre Salazar y yo existe un parecido de gustos, de pensamiento. Hombre, apropósito, mire usted qué carta tan curiosa me he encontrado firmada por Juana de Nápoles.

SALAZAR. (Bueno; ahora los autógrafos.)

PAUL. Pero papá, en estos momentos...

NICOM. Cállate, niña, tú no entiendes de esto, Está en italiano, usted lo entiende?

SALAZAR. No señor.
NICOM. Yo tampoco; pero estoy seguro que es de Juana de Nápoles. Magnífico autógrafo. Voy á catalogarlo.
FRANC. Un caballero que espera en el recibimiento me ha dicho que le traspase esta tarjeta.
SALAZAR. Bien, dile que espere.
NICOM. No, por nosotros no le haga usted esperar...
PAUL. Si no tarda usted, adentro le aguardamos.
SALAZAR. En seguida despacho.
NICOM. Juana de Nápoles, bravo! Con este llevo siete mil cuatrocientos noventa y tres autógrafos y todos tan interesantes como éste. (Vánse.)

ESCENA IV.

SALAZAR, á poco FRANCISCO, luégo LUIS, por el foro.

No puedo permanecer así más tiempo. Esto es vivir en un contínuo tormento. Lo mejor es confesárselo todo á Paulina y salir de una vez de tanto susto... Pero el caso es que no tengo valor para decirla... Ah sí, una carta; la escribiré, y sea lo que Dios quiera. (Se sienta y escribe.) «Paulina, yo tengo una...» No, esto debo decírselo al final. «Paulina, amo á usted, pero debo confesarle que...
FRANC. Señor. (Saliendo.)
SALAZAR. «Soy padre.»
FRANC. Está esperandu ese caballero.
SALAZAR. Que entre. (Sigue escribiendo.)
FRANC. Pase usted, caballero.
LUIS. (Entrando.) Gracias á Dios. Ya me iba cansando de hacer antesala, Salazar!
SALAZAR. Cómo, querido Luis, eras tú el que esperaba? (Deja de escribir.) Y yo que no había mirado la tarjeta...
LUIS. Ya me extrañaba á mí que al leer mi nombre no me hicieras entrar en seguida. Tú tan bueno?
SALAZAR. Sí; ¿pero dónde has estado metido, que ¡hace un año

que no te veo?

LUIS. He estado dando la vuelta...

SALAZAR. Al mundo?

LUIS. No, á Europa.

SALAZAR. Solo?

LUIS. En compañía de Adela.

SALAZAR. Adela?

LUIS. Adelina, una artista de *primo cartello*. ¡Qué voz, chico, qué voz...

SALAZAR. Excelente, eh?

LUIS. Para pedirme dinero. Ahora la he escriturado para Lísboa, porque ya me iba cansando de ella.

SALAZAR. De modo que tu corazon de nuevo se encuentra desalquilado?

LUIS. No, querido; estoy enamorado como un loco de una mujer que solo he visto una vez. Si vieras qué cara, qué ojos, qué talle... no, el talle no se lo pude ver porque estaba asomada á una ventana.

SALAZAR. Á una ventana?

LUIS. Sí, la ví por una casualidad. Hace dos dias fuí con varios amigos de caza, y al pasar por una quinta, aquí cerca de Madrid, tuvimos la desgracia, es decir, para mí la fortuna, de que á nuestro coche se le rompiera un eje, y mientras lo componían tuve tiempo de admirar el rostro más hechicero que hay en la tierra.

SALAZAR. Y qué!

LUIS. Nada, que me enamoré de aquel rostro y mi corazon quedó electrizado.

SALAZAR. Bueno, deja tu romántica aventura y escucha, Luis. Dentro de media hora me caso.

LUIS. Tú?

SALAZAR. Yo.

LUIS. Pero hablas formalmente? ¿Y aquella antipatía que mostrabas al matrimonio?

SALAZAR. He variado de conducta; me caso con una jóven que habita el cuarto de al lado. Qué quieres, al corazon no se le sujeta fácilmente.

LUIS. Dímelo á mí, que hace un año estuve á punto de caer. Pero en el crítico momento se descompuso por causa de Adelina; le escribió un anónimo á mi futura y... Pero por fortuna, tú nada de eso tienes que temer.

SALAZAR. Te equivocas, mi casamiento pende de un cabello.

LUIS. Ah! calavera. Tienes tambien alguna Adelina?

SALAZAR. No, pero he tenido un corazon de diez y ocho años, ardiente, apasionado, y tambien una mujer se atravesó en mi camino.

LUIS. Cómo?

SALAZAR. Pues... atravesándose. Oye, porque tengo necesidad de tu amistad

LUIS. Explícate.

SALAZAR. Era una jóven llamada Rosa; se dedicaba á hacer chalecos de punto, y yo tenía la debilidad de usarlos. Ah! si tú supieras las consecuencias que trae el usar chalecos de punto! Es verdad que preservan de una pulmonía, pero tambien comprometen el porvenir del hombre. De ese modo nos conocimos.

LUIS. ¿Comprometiendo el porvenir?

SALAZAR. No...

LUIS. ¿Y esa union dura todavía?

SALAZAR. No es eso. Hace diez y seis años que una indigestion de langosta me arrebató á mi cara Rosa.

LUIS. Pues entónces...

SALAZAR. Pero no me la arrebató toda entera.

LUIS. Ah ya! quedó paralizada de un lado. Una hemiplegia.

SALAZAR. No es eso. La niña...

LUIS. Qué niña?

SALAZAR. La mia.

LUIS. La tuya?

SALAZAR. La suya, la nuestra, mi hija.

LUIS. Ah! vamos, sí, la otra mitad. Tiene gracia.

SALAZAR. Pues maldita la que yo le encuentro.

LUIS. Y es bonita?

SALAZAR. Encantadora. Una vírgen de Murillo. La hice educar en una quinta aquí cerca, en compañía de una anciana,

y pienso casarla muy en breve con un labrador, con uno de esos hombres sencillos y buenos que riegan la tierra con el sudor de su frente. Será dichosa. Vivirá rodeada de gentes honradas, de gallinas, de conejos.

LUIS. Que constituirán su nueva familia.

SALAZAR. Sí, porque en mi situacion comprenderás las precauciones que debo tomar. Así es que tengo alquilado un cuarto en una casa de huéspedes á donde voy á vestirme, para ir á verla y á donde recibo sus cartas.

LUIS. ¿Y tu futura no sabe nada de...

SALAZAR. ¿Qué ha de saber? Veinte veces he estado á punto de confesarlo todo; pero no me he atrevido, porque me ha dicho que si descubre algun tapujo no se casa. Pero ya que estás aquí puedes socorrerme.

LUIS. Con mucho gusto. Dame tus instrucciones.

SALAZAR. Es muy sencillo. Dentro de breves instantes vendrá aquí mi futura. Quiero que tú la prepares con destreza, procurando emplear frases que la convenzan, y cuando esté á punto de caramelo, la entregas esta carta en que la confieso mi falta. (Doblando la carta que no ha concluido de escribir.)

LUIS. Está bien; venga la carta. No quedarás descontento.

SALAZAR. Aquí está ya; te dejo solo con ella.

LUIS. Bueno, vete tranquilo.

SALAZAR. No te olvides de que estoy allí esperando con ánsia el resultado.

LUIS. Bien, déjame.

SALAZAR. ¡Mucha elocuencia! Sentidas frases, eh?

LUIS. Descuida, hombre, quedarás satisfecho.

ESCENA V.

LUIS y PAULINA.

LUIS. Vamos á cumplir nuestra mision.

PAUL. Vengo á decirle á usted, Salazar...

LUIS. Señora, una palabra.

PAUL. Cielos, Ortiz!

LUIS. Eh! (Diablo, mi ex-futura, y es la prometida de Salazar!)

PAUL. Cómo, caballero, se atreve usted á presentarse ante mi vista despues de lo que ha pasado?

LUIS. Yo le diré á usted. Es que...

PAUL. Ignora usted que me voy á casar dentro de un instante?

LUIS. Lo sé, señora, con Salazar, con mi amigo Salazar. Él es quien me envía.

PAUL. Él?

LUIS. Sí señora, quiere que tenga con usted algunos minutos de conversacion.

PAUL. En el momento en que vamos á la vicaría...

LUIS. Despues sería ya tarde.

PAUL. Tarde? (Ah! vamos, lo que hace poco me dijo: «Si volviese le dejaría á usted ên entera libertad de escoger.» Qué delicadeza!)

LUIS. (Bravo! Ya empieza á conmoverse. Aquí de mi elocuencia!) Ay, señora. Hay una cosa en este mundo más grande, más sublime que la virtud, el perdon! El perdon que consuela! el perdon... que devuelve el perdon...

PAUL. Es inútil, caballero, ruego á usted que se retire.

LUIS. Pero si aún no he dicho...

PAUL. No puedo seguir escuchándole; su presencia aquí puede perjudicarme.

LUIS. Pero si Salazar...

PAUL. Aprecio en lo que se merece la noble conducta de Salazar! Ah! don Luis, qué pequeño es usted á su lado!

LUIS. Cómo que soy pequeño?

PAUL. Ni una palabra más.

LUIS. (Empleemos el último recurso. Ya que no quiere usted oirme, lea usted al ménos. (Dándole la carta, la cual ella rompe.)

PAUL. Sólo me toca hacer esto.

LUIS. Qué hace usted?

ESCENA VI.

DICHOS y D. NICOMEDES.

NICOM. Bravo, hija mia! Sublime! Ven á mis brazos, has demostrado en este momento toda la dignidad de una matrona romana. Francisco!

LUIS. (No faltaba más que mi ex-suegro!)

NICOM. En cuanto á usted, caballerito, le suplico que no dé ningun escándalo y que... Francisco!...

FRANC. (Saliendo.) Señor!

NICOM. Acompaña á este caballero.

FRANC. Con mucho gustu.

LUIS. (Pues señor, me he lucido. Voy al despacho. Avísame cuando se vayan.) Me voy, pero ustedes responderán de las consecuencias... porque no hay cosa más noble que el perdon, el perdon que...

NICOM. Está muy bien, caballero.

LUIS. Que ustedes sigan bien. (Váse.)

NICOM. Anda con Dios, libertino. Calla... recogeremos estos fragmentos ántes de que se me olvide. (Recoge los trozos de la carta que rompió Paulina.)

ESCENA VII.

D. NICOMEDES, PAULINA y en seguida SALAZAR.

NICOM. Jamás he visto un atrevimiento igual. Mayor insolencia! Atreverse á comparecer en nuestra presencia justamente en el momento más crítico.

PAUL. Ahora reconozco toda la grandeza, toda la abnegacion de mi futuro esposo.

SALAZAR. (Saliendo.) (Dios santo, ya no está. Qué habrá sucedi do

PAUL. Él!

NICOM. Venga usted, arrójese usted en los brazos de su suegro, monstruo... de abnegacion.

PAUL. Modelo de delicadeza.

NICOM. Baluarte de dignidad.
SALAZAR. Eh?
NICOM. Mi hija le espera...
SALAZAR. Para abrazarme?
NICOM. Para estrechar su mano y demostrar á usted su gratitud.
SALAZAR. (Qué significa esto!)
NICOM. Pero, hombre, cualquiera diría que tiene usted miedo.
SALAZAR. No, de ningun modo. Se marchó Luis?
NICOM. Sí señor.
SALAZAR. Diría á ustedes...
PAUL. Todo... y crea usted que me hizo pasar un rato...
SALAZAR. (Ahora es ella.)
NICOM. Sí, nos hizo pasar un rato...
PAUL. Al ver la osadía...
NICOM. El cinismo...
PAUL. Conque hablaba...
SALAZAR. Pero...
PAUL. Un paso tan ridículo no hizo otra cosa que afianzar más y más... la estimacion...
NICOM. Y la amistad que nos merece...
SALAZAR. (No dicen nada de mi hija.)
NICOM. Demostrándonos de una vez con esa explicacion, de todo lo que es usted capáz, lo cual garantiza el porvenir de mi Paulina.
PAUL. Hé aquí mi mano.
NICOM. Y la mia.
PAUL. Bien, caballero!
NICOM. Caballero, muy bien, estamos satisfechos de usted.
SALAZAR. (Vamos, han tomado la cosa por el lado bueno. Si ántes lo hubiera sabido!)
NICOM. Ahora en marcha; los testigos nos esperan en la vicaría y nuestra tardanza les tendrá impacientes.
SALAZAR. La vicaría está dos pasos, y en seguida...
NICOM. Un momento, caballero. Estas lágrimas que vierten mis ojos brotan de mi corazon y las produce la gratitud. De la gratitud... (Viendo salir á Francisco.) Recuerde usted á

su criado que para nuestra vuelta esté corriente el almuerzo.

SALAZAR. Ya lo oyes.

FRANC. Curriente.

SALAZAR. El brazo, querida Paulina.

PAUL. Vamos. (Vánse.)

ESCENA VIII.

FRANCISCO, despues LUIS.

FRANC. El almuerzu! Cómo se van á atracar los novios; ellos que hoy tendrán un buen apetito... En un dia de boda debe comerse muchu. Digu, yo nun lu sé, porque nunca me he casado, pero me lo figuro.

LUIS. Francisco!

FRANC. Qué? Canario, ya se me había ulvidado este señurito. Puede usted entrar, nu hay nadie.

LUIS. Vete inmediatamente á buscar á Salazar y dile que tengo que hablarle.

FRANC. Al amu? Nun puede ser, ha muerto.

LUIS. Qué?

FRANC. Se está casandu, que es igual que si se suincidara á sí mismo, comu dice el amu de mi primo Ramón.

LUÍS. Ah, ya! (De modo que no se puede evitar? Bueno. Yo hice lo que pude. Allá se las hayan.)

ESCENA IX.

LUIS y BECERRO con una cesta y paraguas encarnado.

BEC. Á la paz de Dios.

LUIS. Eh?

BEC. Vive aquí el señor don Nicomedes Caracolillos.

LUIS. (Quién será éste?) No señor, en el cuarto de al lado. Por esa puerta puede usted pasar si quiere, pero ahora es inútil, porque ni él ni su hija están en casa.

BEC. Y tardarán mucho?

LUIS. No sé, porque en este momento se estará celebrando la boda de la hija de don Nicomedes.

BEC. Calla, tambien por aquí les ha entrao la epidemia?

LUIS. Cómo?

BEC. Como que yo tambien me caso drento de ocho dias, vamos al decir... y venía á anunciar mi boda al señor don Nicomedes, porque como he sido arrendaor suyo y he labrao sus tierras... y como algunas veces han dío á Pinto á mi casa, velay usté.

LUIS. Ah! es usted de Pinto?

BEC. Allí me edió al mundo mi madre. Juan Becerro y Ortiga, labrador, veintidos años, natural de Pinto.

LUIS. Vaya hombre, conque se casa usted?

BEC. Y qué hemos de hacerle. Uno tiene algunas *miajas* y es preciso buscar compañera *pal* yugo.

LUIS. (Sí, una vaca.) Por supuesto que su mujer será la hija de otro labrador como usted.

BEC. Cá, no señor. Me caso con la hija de don Martin.

LUIS. Don Martin? Y quién es ese don Martin?

BEC. Toma! Pues don Martin... y don Martin es el padre de su hija y yo soy el que se casa con la hija de don Martin.

LUIS. (Bonita explicacion.) Pero bien, que es ese buen señor?

BEC. Já! já! Vaya una pregunta... Pues ese señor es un hombre como ustez y como yo.

LUIS. (Qué zoquete.)

BEC. Cá quince dias va á Pinto, á ver á su bastága, duerme en mi casa. En cuantico que amanece Dios se mete en el tren y púf! á Madrid y hasta otra quincena.

LUIS. Es decir que es un padre intermitente? Y su hija le gusta á usted?

BEC. La muchacha no es mu maleja... pero la dote es más mejor aun. Cinco mil duros contantes y sonantes. Ya ve usted que eso no se encuentra bajo la pezuña de un buey.

LUIS. Sí, sí, ya veo que ese don Martin hace las cosas en regla.

BEC. Es mu vivo, mu vivo! Antier durmió en Pinto y hoy por la mañana me trujo á Madrid á comprar un reloj,

que me quiere regalar. Yo escogí uno con unas figuras y una mujer desnuda sentada en un buey, y creo que se llama á eso el... el rato... justo... el rato de arropa.

Luis. De Europa... le conozco, es un asunto mitológico.

Bec. Mitojolico? Pué ser. Pero yo le escogí por el buey.

Luis. Le gustan á usted los bueyes, eh?

Bec. Mi padre era uno... de los que en Pinto trataba en ellos, y ya ve usted, eso me recuerda la familia.

Luis. Esos sentimientos hacen su elojio, señor Ternero.

Bec. No, Becerro, Becerro pa servir á usted.

Luis. Muchas gracias.

Bec. Pues vamos al decir, cuando me separé de don Martin, me dije, digo, dije, ya que estoy en Madrid voy á dar cuatro patás hasta casa de don Nicomedes y de paso á enseñarle esta muestra del primer trigo que se ha molío en Pinto, y á decirle que me caso.

Luis. Muy bien hecho. (Y esto se va á casar... y á reproducirse!) Pero ya vuelven... Entre usted ahí y los verá usted á todos.

Bec. Pues hasta luégo. Beso á usted los piés con toda cortesía.

Luis. Que fenómenos cría la naturaleza.

ESCENA X.

LUIS y SALAZAR.

Salazar. Querido Luis, ya todo se terminó! Ya estoy casado.

Luis. Pues recibe mi enhorabuena.

Salazar. La acepto. Ay, querido Luis. Solo hay dos dias notables en la vida del hombre! Aquel en que se casa...

Luis. Y aquel en que enviuda.

Salazar. No, hombre; aquel en que es padre. Calla, qué es aquello?

Luis. Eso es de un paleto que acaba de entrar á ver á tu suegro.

Salazar. Cielos! yo conozco esta cesta (Subiendo á cogerla.) y este paraguas. Se llama Becerro el dueño de estos objetos?

LUIS. Justamente; Juan Becerro, natural de Pinto.
SALAZAR. Maldicion! Mi futuro yerno!
LUIS. Tu futuro? Luego tu eres don Martin?
SALAZAR. Sí, ese es el nombre porque me conoce mi hija.
LUIS. Pues chico, ha sido colono de tu suegro.
SALAZAR. Y á qué ha venido aquí ese cuadrúpedo?
LUIS. Á anunciar á don Nicomedes que se casa dentro de ocho dias... Allí está.
SALAZAR. Con... mil millones de... Pero qué tonto soy... Ahora nada debe inquietarme, pues que mi mujer lo sabe todo.
LUIS. Ramon, tu mujer no sabe nada.
SALAZAR. Qué! Pues tú no le has dicho...
LUIS. Intenté hacerlo, pero me arrojaron á la calle sin querer escucharme.
SALAZAR. Pero al ménos entregarías mi carta.
LUIS. Eso sí.
SALAZAR. Y qué...
LUIS. Nada, que Paulina la rompió sin leerla.
SALAZAR. De modo que nada sabe?
LUIS. Nada.
SALAZAR. Nada! Horror! todo se ha perdido! Eres un torpe, un imbécil.
LUIS. Pero!...
SALAZAR. Un inepto!
LUIS. Salazar... no te pido agradecimiento, pero tampoco merezco insultos.
BEC. (Dentro.) Muchas gracias, señora, muchas gracias.
SALAZAR. Becerro... si me ve estoy perdido...

ESCENA XI.

DICHOS, BECERRO, luégo D. NICOMEDES.

BEC. Ya les anuncié mi boda... Calle, don Martin. (Que con la cesta y el paraguas anda dando vueltas por la escena, corre á Becerro, y metiéndole la cesta en la cabeza, le dice.)
SALAZAR. Si nó callas te reviento.

BEC. (Con la cabeza dentro de la cesta y lleno de harina.) Uf! favor, socorro, que me ahogo.

SALAZAR. (Corriendo á la puerta de la derecha, en la que aparece D. Nicomedes.) Escapemos.

NICOM. Pero dónde te metes, querido yerno?

SALAZAR. Mi suegro! Uy! el trueno gordo. (Abre el paraguas y echa á correr por el foro.)

NICOM. Pero qué le ha dado á ese hombre?

BEC. Favor! que me ahogo!

LUIS. Já, já, já, já, já! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Casa blanca: sillería modesta: dos puertas á la izquierda y una á la derecha. Ventana al foro: una mesa á la izquierda: cómoda.

ESCENA PRIMERA.

LUIS figurando que habla con una persona de dentro.

Sí, tenga usted la bondad de pasarle recado; yo en tanto espero aquí. Casualidad como esta... Hace cinco dias que recibo una carta de mi amigo Salazar, suplicándome que vea á su hija, que vive en una quinta cerca de Pinto. Tomo el tren; llego al pueblo; pregunto en él hácia qué parte está la hacienda de Juan Becerro, y me indican esta casa, justamente el nido donde habita mi paloma, la jóven de la ventana. La Providencia sin duda me depara esta ocasion. Ademas tendría gracia que la jóven en cuestion fuera la hija de Salazar. Pero demonio, ahora que recuerdo, si es ella se desvanecieron todos mis sueños, toda vez que la van á casar con ese Becerro que Lagartijo confunda. No lo dije? Ella es. La jóven de la ventana.

JUANA. (Saliendo.) El caballero del coche.

ESCENA II.

LUIS y JUANA.

LUIS. Señorita, á los piés de usted.

JUANA. Caballero...

LUIS. Don Martin, su padre de usted y mi mejor amigo, me envía para tranquilizar á usted por su ausencia de estos dias, asegurándola al mismo tiempo que pronto debe venir.

JUANA. ¡Qué felicidad!

LUIS. De otro modo, señorita, mi presencia en esta casa, sin un motivo justificado, hubiera sido en mí un rasgo de desmedida osadía.

JUANA. Yo no...

LUIS. Máxime no conociéndome usted y habiéndome visto una sola vez. (Es particular, me siento un poco cortado.)

JUANA. (Tiene un modo de mirar este caballero!...)

LUIS. Únicamente deploro, señorita, con todo el dolor de mi corazon, que dentro de poco va usted á pertenecer á un rústico, á un patan indigno de apreciar en su justo valor las dotes que usted posee. Becerro... apellido vulgar, epigramático. Y esas lindas manos, ese talle, esa boca, esos ojos, todos esos encantos en fin, han de pertenecer á ese cuadrúpedo? No, primero lo mato. La amo á usted... Míreme usted de rodillas... ¿Qué me responde usted? (Hincándose de rodillas.)

ESCENA III.

DICHOS, BECERRO, por el foro.

BEC. Qué es lo que veo?

JUANA. Dios mio!

LUIS. (Calle, el Becerro!) (Levatándose.)

BEC. Quié usté decilme qué es lo que hacia á... Toma, pues si es el señorito de Madrid.

JUANA. (Se conocen?)

LUIS. El mismo, muchacho. Aquí me tienes, que he venido á presenciar vuestra boda por encargo de don Martin.

BEC. Pus me alegro infinito. Y diga usté, ¿le ha encargado tambien que se arrodille á los piés de mi futura?

LUIS. Te refieres á la actitud en que me has encontrado, cuando... pues ha sido la cosa más sencilla del mundo; me torcí un pié y al caer me recogió esta señorita.

BEC. Sí, eh? (Pues procura que no te vuelva á recoger más, no sea que te encuentres con un palo.) ¿Y de qué hablaban ustedes cuando yo he entrado?

JUANA. El señor me decía...

LUIS. La decía que me asociaba á tu dicha.

BEC. Muchas gracias; pero yo no necesito socios para nada.

LUIS. (Bajo á Juana.) ¿Y va usted á ser mujer de este animal?

JUANA. (Á Luis.) Es la voluntad de mi padre.

BEC. (Se están hablando en secreto... malo, malo... Á este tio le pego yo.)

ESCENA IV.

DICHOS, SALAZAR, con maleta, puerta derecha.

SALAZAR. (Dentro.) Colocad eso bien y tener cuidado con no romper algo, que hay dentro cosas muy delicadas.

JUANA. (Abrazándole.) ¡Mi padre!

SALAZAR. Buenos dias, hija mia!

BEC. Felices, don Martin.

SALAZAR. Hola, Becerro. Tú siempre tan...

BEC. Si señor, yo siempre tan fuerte, para servir á usted.

SALAZAR. Lo celebro.

LUIS. ¿Y para mí no hay nada?

SALAZAR. Luis! ¿Cómo te encuentro hoy en esta casa?

LUIS. Chico, asuntos importantes me han obligado á detenerme en Madrid, y hasta hoy no he podido cumplir tu encargo.

SALAZAR. Pues mira; has llegado en la mejor ocasion del mundo, porque hoy precisamente caso á mi hija, y podrás ser-

virnos de testigo.

LUIS. Quién, yo?... (Esto sí que tendría gracia.)

SALAZAR. Ya verás qué comida; la he encargado nada ménos que en Fornos. Y habrá *Burdeos y Champagne*.

BEC. Y dos docenas de gallinas que he comprado yo, que son como burros de grandes, aunque es mala la comparacion.

SALAZAR. Hay que echar la casa por la ventana, porque no todos los dias casa uno á su hija... y sobre todo á una hija tan buena como esta, y tan guapa. No es verdad, Becerro?

BEC. La boca se me hace agua.

JUANA. Papá, yo tenía que hablarte á solas.

SALAZAR. Tú?

LUIS. (Á Salazar.) Tenemos que hablarte.

SALAZAR. Tú tambien.

LUIS. Silencio; dí á Becerro que se marche.

SALAZAR. (Qué significa?...) Querido Becerro, mientras hablo con mi hija dos palabras, vete dentro y que os enseñe tu madre los regalos que os he traido de Madrid. Ya verás, son preciosos.

BEC. Está bien. (Pues señor, no me habla del dote.)

SALAZAR. Y que me avisen cuando lleguen los mozos con la comida.

BEC. Bueno. (Tendría gracia que se le hubieran olvidado los cinco mil duros. (Váse por la puerta derecha.)

ESCENA V.

SALAZAR, JUANA y LUIS.

SALAZAR. Vamos á ver, ya estamos solos; qué es lo que tenías que decirme?

JUANA. Antes, prométeme no incomodarte.

SALAZAR. Qué es eso, señorita! Tan grave es lo que tiene usted que decirme?

LUIS. Sí señor, muy grave.

SALAZAR. Pues empieza, ya te escucho.

JUANA. Bien; en primer lugar, por qué ha estado usted tanto tiempo sin venir á verme? Está bien hecho privar á su hija de las caricias paternales?

LUIS. Eso es lo primero.

SALAZAR. Lo primero es que tengas la bondad de no interrumpirnos. Pues te diré, hija mia... Los negocios... antes de ayer precisamente he tomado un socio.

LUIS. Eso es cierto, yo estaba presente cuando se firmó el contrato.

SALAZAR. Es un negocio en grande escala, y ya sabes, hija mia, que en los primeros dias hay que llenar ciertos requisitos, ciertas formalidades... luégo mi socio es tan exigente, y como tenía que ponerle al corriente de todos los negocios... Felizmente ella ha tenido que hacer un pequeño viaje...

JUANA. Ella?... luego es una mujer?

SALAZAR. (Diablo!) He dicho ella?

JUANA. Sí papá, has dicho ella.

LUIS. Sí, hombre, has dicho ella.

SALAZAR. Y qué tiene de particular? lo sostengo, ella, sí, la persona de quien hablo .. y la persona es femenino. No voy á decir, *el persona.*

LUIS. Es verdad.

JUANA. Tiene razon. (Algo le sucede á papá.)

SALAZAR. Vamos; y qué más tenías que decirme?

JUANA. Que si te empeñas en casarme con ese señor Becerro, pronto te quedarás sin tu hija.

SALAZAR. Cómo es eso?

JUANA. Es que me moriré sin remedio. Ademas, soy muy niña aún y no quisiera separarme de tu lado.

LUIS. Tiene razon Juanita, y tú no debes...

SALAZAR. Imposible, el pais necesita brazos y el celibato es un crímen. Ademas, yo no viviré siempre, no me hago ilusiones; yo me he de morir algun dia, y quiero dejarla un apoyo.

LUIS. Dí mas bien que por quitarte un estorbo.

SALAZAR. Luis!

LUIS. Lo dicho! pero á tí, qué te importa con tal de pasar la vida dulcemente con tu asociado...

SALAZAR. Esas son cosas en las que yo solo debo meterme.

JUANA. Padre mio!

LUIS. Y consientes que te llame padre.

SALAZAR. Y por qué no?

LUIS. Qué has hecho tú para merecer ese nombre?

SALAZAR. Todo lo que ha sido necesario. Y por último, es mi voluntad, y esta boda se verificará,

VOZ. (Dentro.) Don Martin! don Martin!

SALAZAR. Me llaman... Habrán llegado los mozos. Corro á ver...

LUIS. Señor don Martin!

SALAZAR. Lo dicho. Se casará.

JUANA. Papá!

SALAZAR. Te casarás. (Váse por la segunda puerta izquierda.)

LUIS. Madrastro!

JUANA. Dios mio! qué desgraciada soy!

LUIS. Señorita, confie usted en mí.

ESCENA VI.

LUIS, JUANA, BECERRO, NICOMEDES y PAULINA, con una caja de carton.

BEC. (Dentro.) Por aquí; pasen ustedes.

NICOM. Conque aquí se encuentra tu futura?

LUIS. (Calle, don Nicomedes y Paulina.)

NICOM. Hola! Usted tambien por aquí, caballerito? (Á éste hombre me lo encuentro por todas partes.)

LUIS. Á los piés de usted, Paulina.

PAUL. Caballero...

BEC. Señor don Nicomedes, siempre á su disposicion.

NICOM. Gracias. Y qué le trae á usted por aquí.

LUIS. He sido invitado por don Martin para que presencie la alegría de estos muchachos.

NICOM. Vamos, Becerro, preséntanos á tu futura.

BEC. Aquí la tienen ustedes, esta es mi borrega. (Dando un empujon á Juana.)

PAUL. Preciosa muchacha.

NICOM. Con efecto, muy linda.

JUANA. Gracias.

BEC. Jé! jé!... qué encarnada se ha puesto. Místela, místela.

NICOM. Es natural, el rubor, la vergüenza.

BEC. Pues entónces yo no tengo vergüenza, porque mi madre siempre me está diciendo que soy guapo, y yo ni esto.

LUIS. (Al nacer este hombre se equivocó la naturaleza.)

NICOM. No nos esperabas, eh?

BEC. No señor, me han causado ustedes la sorpresa más sorprendente... Sin embargo, yo siempre le estaba diciendo á mi madre: no lo dude usted, don Nicomedes y la señorita me quieren mucho y no dejarán de venir á comer el dia de mi boda.

NICOM. Y lo has acertado, porque tenemos hácia tí mucha simpatía. Tú siempre has sido un hombre muy honrado, y muy trabajador, y eso te engrandece á mis ojos. Así es que no te hemos olvidado: te traigo un pequeño obsequio, y mi hija le trae á tu futura un adorno de flores para que lo lleve durante la ceremonia.

BEC. Muchas gracias.

PAUL. Y este matrimonio es á gusto de usted?

BEC. Anda, pues si ella es la que más prisa tiene.

NICOM. No hay nada más hermoso, que unir dos corazones que se aman. Qué orgulloso se siente uno al contemplar la dicha, la felicidad de esos dos seres criados el uno para el otro, y que una mano generosa los ha estrechado, los ha enlazado para toda la vida. El marido... la mujer... más tarde los hijos. Siempre recordaré con dolor á mi pobre Tomasa, á tu madre, hija mia.

PAUL. Era tan buena...

LUIS. Tiene usted mucha razon, don Nicomedes, es doloroso querer separar dos corazones inflamados por una pasion volcánica!... que se han comprendido...

JUANA. Ciertamente... que aman sin esperanza.

BEC. Pero señores, qué es esto? estamos en una boda, ó en un entierro?

NICOM. No, si este llanto es de felicidad, es decir... Pobre esposa! por qué moriría tan tarde... digo, al revés.

BEC. Miste, mientras lloran ustedes un rato, vamos Juana y yo á arreglar por allí dentro las cosas y á ponerme un peco más lechuguino. Ya verán ustedes qué ropa me he comprao en la calle de Toledo, de última moda.

NICOM. Lo celebro. De paso le dices á tu suegro don Martin, que tendría mucho gusto en conocerle.

LUIS. (Pues él maldito el que tiene.)

BEC. Conque vamos, cordera.

JUANA. (Qué desgraciada soy.) (Vánse.)

LUIS. Pobre chica, va al altar como si fuera á su entierro.

PAUL. Cómo?

NICOM. Qué dice usted?

LUIS. La verdad, sepan ustedes que tratan de sacrificarla.

NICOM. Pues qué, no ama á Becerro?

LUIS. Es usted capaz de suponer por un momento, señor don Nicomedes, que puede nadie enamorarse de ese... Becerro?

NICOM. Le diré á usted, como yo no me encuentro en el caso de...

PAUL. Quizás ame á otro.

LUIS. Sí, señora... ama á un hombre, bastante distinguido... á un hombre de talento... á un hombre en fin de reconocido mérito. (Me estoy protegiendo.)

PAUL. Pero ese don Martin...

LUIS. Ese don Martin se burla del doler de esa pobre niña, y se goza en su desesperacion. Sabe que ama á otro, y sin embargo, la casa con ese Abencerraje, labrando su desgracia. Si ustedes conocieran como yo á ese don Martin... (Pobre Salazar!) Pero dentro de poco le verán ustedes, y comprenderán que no exagero.

PAUL. Pobre niña! Yo me encargo de hablar con ella, y evitar si es preciso...

NICOM. Pues ya lo creo, y yo buscaré á ese don Martin y le convenceré á que renuncie á sus proyectos.

SALAZAR. (Dentro.) Torpes! si no es por mí se escapa.

NICOM. Calla, la voz de mi yerno?
PAUL. Salazar aquí?

ESCENA VII.

SALAZAR y DICHOS. Salazar con una gallina.

SALAZAR. Tres hombres para coger una gallina, y si no es por... (Gran Dios! Mi mujer! Mi suegro!) (Ocultando la gallina en el faldon de la levita.)
PAUL. Cómo, Salazar, tú en esta casa?
NICOM. Qué significa esto, querido yerno?
SALAZAR. (Pero quién demonios ha traido á esta gente...) Eso mismo digo yo... Cómo es que ustedes?...
NICOM. Hemos sido convidados á la boda de Becerro.
SALAZAR. De Becerro! Pues mire usted, no le conozco.
NICOM. Es un antiguo colono nuestro.
SALAZAR. (Maldito conocimiento, ya no me acordaba!)
PAULA. Y tú, querido esposo, á qué debemos el placer de verte por aquí, cuando yo te suponía comprando un terreno?
SALAZAR. Á la casualidad... nada más que á la casualidad... Pasaba por aquí... para ir á comprar ese terreno, y al pasar... reconocí nuestro coche, y una vez reconocido... dije: aquí están, y subí... y ¡con efecto... aquí estais. (Y esta gallina que no se está quieta.)
PAUL. Cuánto ¡celebro que hayas venido. Me disgustaba pasar el dia lejos de tí.
NICOM. Observe usted cómo quiere á su marido.
LUIS. Á mí qué me importa?
SALAZAR. (Dios mio, que no cacaree.)
NICOM. Querido yerno, cuál es la obligacion de un esposo despues de una ausencia de tres horas? Abrazar á su mujer, no es esto? pues cumpla usted con su deber.
SALAZAR. (Dónde dejaré esto?) (Mete la gallina en la caja de carton.)
PAUL. Papá!
NICOM. Nada, nada; el señor es de confianza. Vamos, da un

abrazo á tu esposa.

SALAZAR. Si usted se empeña... Con permiso. (La abraza.)

PAUL. (Con rubor.) Qué cosas tiene papá!

SALAZAR. (Dios mio, qué irá á pasar aquí.)

NICOM. Ha observado usted con qué cariño se abrazan? Se quieren mucho.

LUIS. Ya lo veo.

NICOM. Hombre, á que no adivinas el regalo que le he traido á Becerro?

SALAZAR. Alguna banderilla?

NICOM. Cómo?

SALAZAR. No... quise decir... Conque le ha traido usted un regalo? Por supuesto será un buen regalo?

NICOM. Ya lo creo. No lo adivinas?

SALAZAR. Soy tan torpe...

NICOM. Pues le he traido el rapto de Europa.

SALAZAR. Cómo? el reló?

NICOM. Justamente; como á tí no te gustaba mucho, me dije: complaceremos á mi yerno y cumplamos al mismo tiempo con Becerro. Creo que no te disgustará mi resolucion.

SALAZAR. No señor, al contrario. (Ahora va á reconocer el otro el reló y se va á descubrir todo.)

PAUL. Yo tambien le traigo á la novia un adorno de flores.

SALAZAR. Muy bien. (La palma del martirio debían regalarme á mí.)

PAUL. Por supuesto que tú te quedarás con nosotros?

SALAZAR. Yo? (Antes la muerte.)

NICOM. Sí, chico; un convidado convida á ciento.

SALAZAR. Pero si tengo que ir á comprar ese terreno.

NICOM. Ya lo comprarás otro dia.

PAUL. Te lo suplica tu mujer.

SALAZAR. Bueno, me quedaré.

NICOM. Así me gusta; un buen marido ha de ser condescendiente con su mujer. Ahora, Paulina, vamos á buscar á la futura y á ese don Martin, para informarnos...

PAUL. Ah, es verdad, ya no me acordaba. De paso entregaré

mi regalo á la novia. Lleva tú la caja, papá.

NICOM. Con mucho gusto.

SALAZAR. (Qué va á pasar aquí, Dios mio?)

NICOM. (Cogiendo la caja.) Caracoles, lo que pesa.

SALAZAR. (Como que te llevas la gallina.)

PAUL. Hasta luégo, querido esposo.

SALAZAR. Adios, Paulina.

NICOM. Cualquiera diría, á juzgar por el peso, que has comprado un adorno de yerro. (Váse con Paulina.)

ESCENA VIII.

SALAZAR, LUIS, á poco BECERRO por la puerta derecha.

SALAZAR. Uf! El caudaloso rio de Manzanares corre por mi cuerpo. Qué situacion más comprometida! Mi mujer! Mi suegro se aparecen ante mi vista en el momento en que voy á casar á mi hija. Es necesario alejarlos de aquí. Pero cómo?

LUIS. Discurre hombre, discurramos.

SALAZAR. Buena tengo yo la cabeza para pensar. Y sin embargo es preciso... idear algo... algo que nos saque de este apuro. En primer lugar, es preciso hacer desaparecer este reló.

LUIS. Por qué?

SALAZAR. Porque le he comprado con Becerro... porque Becerro hablará, y porque puede el diablo tirar de la manta.

LUIS. Pues que desaparezca!

SALAZAR. Sí, al momento. Ponte de centinela y canta cualquier cosa si ves que alguno se acerca.

LUIS. Que cante? bueno.

SALAZAR. Dios mio! qué situacion! qué situacion! (Saca el reló de la caja y lo mete en la maleta.)

LUIS. Achits!

SALAZAR. Qué?

LUIS. Nada, hombre, es que estornudo.

SALAZAR. Qué susto me has dado. Vuelvo á poner el fanal para que no se note la falta. (Luis, desde la puerta del foro, tararea el toque de clarines de la salida del toro.) Gran Dios! Ahí

está Becerro!

LUIS. Date prisa, que ya está aquí.

BEC. (Saliendo.) Á usted venía buscando, don Martin.

SALAZAR. Á mí?

BEC. Sí señor, tengo que hablarle.

SALAZAR. Soy contigo al momento.

BEC. (Todavía no ha reparado en mi traje.)

SALAZAR. Lleva esta maleta á la estacion.

LUIS. Yo?

SALAZAR. Y factúrala para Madrid, corre.

LUIS. Hasta luégo. (En buen lío me he metido.) (Váse.)

ESCENA IX.

SALAZAR y BECERRO.

SALAZAR. Vamos á ver, qué tienes que decirme?

BEC. Tenía que decirle...

SALAZAR. (Temiendo estoy que salga mi mujer.)

BEC. Que la hora de mi casamiento se ecerca, y aún no hemos hablado de la dote.

SALAZAR. Acaso desconfías de mí?

BEC. No es desconfianza; pero vamos al decir,.. despues de la ceremonia... le puede dar á usted un arrechucho y morirse, y los cuartos...

SALAZAR. No digas tonterías.

BEC. Sí, sí, tonterías. Nadie puede decir de este agua no beberé!

SALAZAR. Mira, aquí tienes los fondos y el recibo preparado. Puedes firmarlo si quieres.

BEC. Venga, ya está.

SALAZAR. Cuenta, ahí van los cinco mil duros.

BEC. Uno, dos, tres...

NICOM. (Dentro.) Bien, yo lo encontraré.

SALAZAR. (Mi suegro; que no me vea con Becerro...)

BEC. Por qué se esconderá.

ESCENA X.

BECERRO, D. NICOMEDES.

NICOM. Pobre niña! cuánto me interesa. Voy á hablar con su padre... ah! Becerro, has visto á don Martin?

BEC. (Guarda los billetes en la levita.) Don Martin? Estaba aquí conmigo, y al ver que usted se acercaba se escondió en ese cuarto oscuro.

NICOM. Es extraño... ese hombre me inspira sospecha.

BEC. Á mí tambien.

NICOM. Por qué huirá de mí? No, pues yo he de averiguarlo. Dónde dices que se ha escondido?

BEC. En ese cuarto.

NICOM. Muy bien, voy á entrar á ver si me explica... (Entra y de pronto se oye un grito, ruido de muebles y lucha.)

BEC. Y yo voy á ver por dónde anda mi novia. De paso me llevaré el reló. (Váse.)

NICOM. (Dentro.) Socorro! favor, al asesino! (Salazar aparece en la puerta izquierda, trastornado, pálido, descompuesto y con una manga de menos en la levita.)

SALAZAR. Creo que lo he estrangulado! pobre suegro; pero la culpa es suya. Quería arrastrarme... yo me resistí... Infeliz! Concluir sus dias en un cuarto oscuro! Vaya una muerte oscura! Pero disimulemos lo mejor posible el desórden de mi traje! Maldicion! Pues si me ha arrancado una manga!

PAUL. (Dentro.) Salazar!

SALAZAR. Uf! mi mujer. Ahora es ella!

ESCENA XI.

SALAZAR, PAULINA.

PAUL. Aún estás aquí?

SALAZAR. Sí, se me había olvidado el paraguas, y como el tiempo amenazaba tormenta... he vuelto.

PAUL. No has visto á papá? No sé dónde se ha metido.

SALAZAR. No, no lo he visto... acaso en la huerta...

PAUL. En la huerta?

SALAZAR. Como los melones están en flor, presentan un golpe de vista magnífico, y con seguridad...

PAUL. Pues bien, vamos á buscarlo; dame el brazo.

SALAZAR. Estoy á tus órdenes, querida.

PAUL. No, el otro.

SALAZAR. Toma! (Da una vuelta.)

PAUL. Si me das el mismo.

SALAZAR. Es que tengo un dolor tan fuerte en el otro... se me figura que deben ser dolores reumáticos.

PAUL. Estás seguro?

NICOM. (Dentro.) Paulina!

PAUL. La voz de papá.

SALAZAR. No puede ser. Vamos, hija mia, bajemos á la huerta.

NICOM. Paulina!

PAUL. Lo ves? me llama, y es desde ese cuarto... si le sucederá algo. Espérame aquí.

SALAZAR. Van á salir juntos y yo con una sola manga... estoy perdido. Yo necesito una manga á toda costa. Señor, envíame una manga.

ESCENA XII.

SALAZAR, BECERRO.

BEC. Han acabao ustés de explicarse? porque ya se acerca la hora.

SALAZAR. Ah! quítate esa levita.

BEC. Que me quite la levita? Y para qué?

SALAZAR. Vamos, listo, no admito réplicas! la levita al punto ó te descuartizo.

BEC. Me voy á constipar.

SALAZAR. Aunque te mueras.

BEC. No tire usted, don Martin, que me rompe los brazos.

SALAZAR. Bien. Algo apretada me está; pero ya darán de sí las costuras.

BEC. (Para qué querrá mi levita!)

SALAZAR. Ajá já! Ahora márchate.

BEC. (Por vida; ya lo comprendo todo. Quiere quitarme los cinco mil duros.

SALAZAR. Quieres largarte?

BEC. No señor; deme usted mi levita y mi dinero.

SALAZAR. Conque no quieres marcharte, eh? Pues yo te obligaré.

BEC. Ladron! Ladron!

SALAZAR. Cómo se entiende.

BEC. Socorro!

SALAZAR. Sí, ya te lo dirán de misas. (Lo arroja por la puerta segunda derecha y se oye un ruido en la escalera.)

BEC. (Dentro.) Asesino!

SALAZAR. Otro crímen! (Saliendo desorientado.) Gran Dios; qué va á ser de mí! he matado á mi yerno!

ESCENA XIII.

SALAZAR, PAULINA, D. NICOMEDES, con todo el ojo negro del golpe.

SALAZAR. Qué es eso?

PAUL. Siéntate, papá.

SALAZAR. Dios mio! qué le ha pasado á usted?

NICOM. Ya estoy mejor. Ese miserable de don Martin que ha intentado estrangularme.

SALAZAR. Malvado! En cuanto yo le coja... No se le ha roto á usted nada?

NICOM. Me parece que no.

SALAZAR. (Qué vida tan dura tiene mi suegro!)

NICOM. Gracias por esa prueba de interés... pero yo te aseguro que no se irá sin ella... tengo un medio para conocerlo.

SALAZAR. Cómo?

NICOM. Esto.

SALAZAR. Una manga?

NICOM. Sí, de su levita. Ay!

PAUL. Quieres aspirar alguna cosa? Tú tienes mi frasco de sales?

SALAZAR. Sí, huela usted.

NICOM. Puf! que peste!

PAUL. Una pipa!

SALAZAR. (La de Becerro!)

PAUL. Cómo tienes eso en el bolsillo?

SALAZAR. Te diré. Me lo ha ordenado el médico... á causa de una muela que tengo careada. Pero lo que usted debe hacer ahora es tomar el aire libre.

NICOM. Tú crees...

SALAZAR. (Si pudiera alejarlos de aquí...) Ademas, no le conviene á usted estar aquí.

NICOM. Tienes razon: esto es una cueva de asesinos! Vámonos.

PAUL. Con mucho gusto.

ESCENA XIV.

DICHOS, LUIS con maleta, por la segunda derecha.

LUIS. (Gran Dios! Me pillaron!)

SALAZAR. (Ya escampa!)

NICOM. ¿Va usted de viaje, don Luis?

LUIS. No, es la maleta de don Martin. (Chico, no he podido facturarla.)

SALAZAR. (Torpe!)

LUIS. Me ha suplicado se la mande á su casa.

NICOM. Y á dónde vive?

LUIS. Aquí lo dice.

NICOM. «Calle de los Negros?» Hace poco se ha cometido en esa calle un robo considerable! Si habrá sido el autor? Vámonos, hija mia, vámonos en seguida.

PAUL. Al instante!

NICOM. Nos llevaremos el reló.

SALAZAR. (Ya graniza!)

NICOM. Calle! No está... Pero señor, esto es una caverna! Dónde está Europa?

SALAZAR. (En Leganés.) (Ruido de timbre en la maleta.)

PAUL. Aquí suena algo.

LUIS. El reló, que se le ha roto el muelle real.)

SALAZAR. No; es ahí al lado. Ejem, ejem! Tose fuerte. (Á Luis.

LUIS. Ejem, ejem!

NICOM. No, es aquí; es el grito de la víctima. Es preciso abrir esta maleta!

SALAZAR. No hay derecho para hacerlo.

NICOM. Aquí está el reló. ¡Qué infamia! Robar á su hija... Es preciso apartarla de ese hombre.

BEC. (Dentro.) Venga usted, Juana. Aquí están todos.

TODOS. ¡Becerro!

NICOM. Puede que venga con el infame!

PAUL. Yo tengo miedo.

NICOM. Á mí me pasa lo mismo.

SALAZAR. ¡Horror! Aunqne me rompa una pierna. (Sale por la ventana.)

NICOM. Cielos, se va á matar!

PAUL. Dios mio! Salazar!

NICOM. ¿Pero qué le ha pasado?

BEC. ¿Dónde está don Martin? (Saliendo con Juan.)

LUIS. Camino de Madrid!

JUANA. ¿Se ha marchado?

BEC. Con mis cinco mil duros! Ladrones! Ladrones!

NICOMEDES y PAULINA. Yerno! Yerno! Salazar! Salazar! (Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala elegantemente amueblada. Puerta al foro y dos laterales, al fondo y á la derecha un gran estante de dos cuerpos con legajos de papel y libros. Al otro lado consola con espejo, sillas y butacas.

ESCENA PRIMERA.

FRANCISCO.

Pues señor, lo dichu. Don Nicomedes está locu y nos va á volver locus á todus. Siempre á vueltas con sus autográfos. Ya me duelen los huesos de limpiar papelotes. Y qué de tonterías dicen. «Epístola de Ciceron á Bruto.» Éste debe ser don Nicomedes, que recibe cartas de algun amigo. Esta mañana se levantó muy temprano y se puso á pegar con goma estos papelitos que cogió del suelo, diciendo que era un autográfo. Pur más señas que me mareó pur buscar un pedacitu que se le había caido al suelo y nun pareció. (Enseña el papel, el cual en el centro tiene un agujero.) Valiente pingaju. Ni que fuera un billete del Banco.

ESCENA II.

DICHO y SALAZAR.

SALAZAR. Qué estás haciendo?

FRANC. Nada, señoritu, arreglando estos papeles de don Nicumedes. Se le ofrece á usted algo?

SALAZAR. No, vete.

FRANC. Qué ujeras tiene usted. ¿Está usted malo?

SALAZAR. No he pegado los ojos en toda la noche.

FRANC. ¿Pensando en los autográfos del señor don Nicumedes? Á mí me pasa lo mismu. Esta noche suñé que *Cleupatria* me hacía cusquillas en las plantas de los piés, y al ir á tucarla me dió un arañazu el gatu que se había subido en la cama.

SALAZAR. Basta ya. Qué pesadez.

FRANC. Lo dichu. El señor está malo. (Váse.)

ESCENA III.

SALAZAR.

Bonita situacion la mia. Qué noche tan horrible. Dando vueltas y tumbos por la cama de un lado á otro. Tanto que mi mujer me dijo: «Que no me dejas dormir.» He tenido que inventar una novela á mi suegro justificando mi fuga de la quinta por la ventana, y aquí me tienen ustedes otra vez sin saber qué rumbo tomar. Dios mio! Cuál serán sus proyectos. Qué pensarán hacer con mi hija. Está aquí en mi propia casa. Pobre hija mia, qué desgraciada has nacido. Ni siquiera puedes compadecer á tu padre. Pero cuánto tarda Luis. Le he mandado llamar; él me ayudará á inventar algun medio... Ah! Paulina.

ESCENA IV.

SALAZAR y PAULINA.

PAUL. Pobrecilla, está durmiendo. He entrado de puntillas en su cuarto y tiene un aire tan candoroso y angelical... Luégo la verás.

SALAZAR. Sí, luégo, no corre prisa. (Delante de mi mujer, jamás.) Pero cómo se ha resignado á seguiros?

PAUL. Diciéndola que su padre vendrá aquí á buscarla hoy mismo.

SALAZAR. Su padre?

PAUL. Sí, le haremos venir y le diremos lo que hace al caso.

SALAZAR. (Ya escampa.) Y con qué derecho nos mezclamos nosotros en los asuntos de esa familia?

PAUL. Con el derecho que tiene toda persona honrada de arrancar una víctima de manos de su verdugo.

SALAZAR. Á veces engañan las apariencias. Yo he leido muchos ejemplares de criminales inocentes y de inocentes que no lo eran.

PAUL. No lo dudo, pero ese don Martin debe tener muy mala cara, á juzgar por sus hechos.

ESCENA V.

DICHOS y D. NICOMEDES.

NICOM. Hola, hijos mios! Me alegro de encontraros juntos.

PAUL. Qué tienes, papá? De dónde vienes tan sofocado?

NICOM. Vengo de la casa de huéspedes de la calle de los Negros.

PAUL. Cómo?

SALAZAR. (Gran Dios!)

NICOM. Del Gazapo, que así se llama la tal casa donde duerme, es decir, donde no duerme nuestro hombre misterioso. Porque los criminales no duermen jamás. Y á propósito, qué mala cara tienes. ¿Estás malo?

PAUL. No, nada de eso. Es que... siga usted.

NICOM. Ah! bestia de mí! (Mirando á Paulina y á Salazar.) Jé, jé... Pues como iba diciendo el tal don Martin es un hombre sospechoso. Paga espléndidamente, no hace gasto alguno y va siempre solo; recoge la correspondencia que le dirigen sus cómplices y se vuelve á marchar inmediatamente. El fondista cree que es algun secuestrador y ha dado parte á la policía, que le sigue la pista.

SALAZAR. (Pues se va arreglando.)

NICOM. En cuanto á sus señas personales son, de treinta á cuarenta años. Bien vestido. Aspecto vulgar. Rostro dema-

crado por el vicio, ese es don Martin.

SALAZAR. (Bonito me ha puesto.)

PAUL. Ya lo ves, y tú le defendías.

SALAZAR. Defender yo á un bandido? No tal. Sólo cito algunos errores jurídicos que todo el mundo conoce; pero una vez que está demostrada su culpabilidad y que sabemos que es un malhechor...

NICOM. Un estrangulador.

SALAZAR. Un antropófago. La hez de la sociedad. Pero todo ello, ¿qué nos importa á nosotros? ¿Qué le vamos á hacer?

NICOM. Poco á poco: esa jóven nos interesa á los dos.

SALAZAR. No, á los tres.

PAUL. Lo que es tú, no sientes mucha simpatía por esa pobre niña.

SALAZAR. Te juro que sí.

PAUL. Lo celebro. ¡Es tan interesante! Si fuera huérfana, desde ahora se quedaba en casa para siempre.

NICOM. Sí, en calidad de doncella tuya.

PAUL. No; ya la buscaríamos un buen marido, y más tarde, si el cielo no nos concediese un hijo, podríamos adoptarla.

SALAZAR. Adoptarla? Me conviene! Digo, me agrada, puesto que es tu gusto.

PAUL. Gracias, amigo mio! Pero nos falta el consentimiento de su padre.

SALAZAR. Ah! sí... de su padre... de Martin! del infame Martin. ¿Qué haremos con él?

NICOM. Delatarle á la justicia! Nos estorba, y es preciso que desaparezca para siempre. Tú te encargarás.

SALAZAR. Convenido. Que muera! Por supuesto, siempre que sea yo el que haya de matarle.

PAUL. Y si te mata él á tí?

SALAZAR. Imposible!

NICOM. Otra idea!

SALAZAR. Veamos!

NICOM. Yo no soy partidario de la pena de muerte; tengo horror á la sangre. Me parece mucho mejor deportarlo á Fer-

nando Póo. Le pagaremos el viaje y le compraremos instrumentos de labranza para que se gane el sustento cultivando la tierra. Así se regenera y de una vez salvamos al padre y á la hija.

SALAZAR. No hay más que una pequeña dificultad... Que él no querrá ir.

NICOM. Entónces la justicia le obligará. Le he dejado en su casa un papel con estas palabras: «El señor de Salazar ruega á don Martin se sirva pasar por su casa para asuntos que le interesan bastante. Urgente.»

SALAZAR. Es decir que soy yo quien debe recibirle.

NICOM. Sí, es más conveniente que seas tú. No es esto que le tenga miedo... Pero siempre es bueno... Por si acaso... luégo, que á tí, en tu calidad de notario, te tendrá más respeto y te creerá más fácilmente.

SALAZAR. Corriente. Yo le hablaré y estoy seguro que le convenceré y partirá inmediatamente ó yo le partiré á él.

NICOM. Bien, querido yerno, muy bien.

FRANC. (Saliendo.) Señuritu, esta tarjeta.

SALAZAR. Venga. (Luis Ortiz! Viene á tiempo.) Que pase á mi despacho. Llegó el momento crítico. ¡Es don Martin, manos á la obra.

NICOM. Valor, querido yerno!

PAUL. Lleva algun arma por si acaso.

SALAZAR. No le tengo miedo.

NICOM. Y si acaso, aquí estoy yo. Pediré socorro.

SALAZAR. Enhorabuena.

NICOM. Oye, cuando le hayas convencido, nos llamas en seguida.

SALAZAR. Para qué?

NICOM. Para verle.

SALAZAR. Por qué?

NICOM. Me interesa mucho.

PAUL. Y á mí tambien.

SALAZAR. (Que el diablo os lleve.) Está bien. Voy á hablarle y en cuanto le convenza, le verán ustedes. Esperen aquí... (Sentados.) (Vánse.)

ESCENA VI.

D. NICOMEDES, PAULINA y á poco ORTIZ.

NICOM. Perfectamente.
PAUL. Ay papá! si me quedaré viuda!
NICOM. No tengas miedo, tontilla! No estoy yo aquí?
PAUL. ¿Y si le embiste de pronto?
NICOM. Confio en el valor de Salazar. Estoy impaciente por conocer á ese famoso criminal. Tengo el presentimiento de que es alguno de mi familia.
PAUL. Papá!
NICOM. Por las señas que dió el Gazapo, el amo de la casa de huéspedes, creo reconocer á un primo segundo de mi difunta que esté en gloria, y que fué sacristan en Albacete hace algunos años.
PAUL. Entónces no puede ser don Martin.
NICOM. Por qué no? Un criminal es un hombre honrado que ha dejado de serlo.
LUIS. (Saliendo.) Corriente, ya estoy advertido.

ESCENA VII.

DICHOS y LUIS.

NICOM. Ahí están. Huyamos!
LUIS. Señor don Nicomedes, Paulina...
NICOM. Ah! pues si es el señor de Ortiz!
LUIS. Él mismo. Venía á ver á Salazar, y le he encontrado ocupado.
NICOM. Y sabe usted con quién está?
LUIS. No á fe. No he querido interrumpirle.
NICOM. Muy mal hecho. Tal vez le fuera muy necesaria su ayuda.
LUIS. Explíquese usted. No comprendo...
NICOM. Ni hace falta.
LUIS. Y Juanita, cómo está?
PAUL. Muy bien. Pobre niña!

LUIS. Ustedes no consentirán que la destierren otra vez á Pinto.

NICOM. De ninguna manera. Nosotros la protegeremos. Y tanto mi hija como yo, la educaremos y haremos de ella una buena madre de familia.

LUIS. Contribuiré á ello en lo que pueda.

PAUL. Le interesa á usted tambien?

LUIS. Oh, sí, muchísimo. Voy á ponerme un traje de etiqueta y pronto sabrán ustedes...

NICOM. Qué querrá decir?

PAUL. Ay papá, la puerta se abre!

NICOM. Valor, yo estoy aquí.

ESCENA VIII.

DICHOS y SALAZAR, en actitud trágica.

PAUL. Solo!

NICOM. Y don Martin!

SALAZAR. Ha cesado de existir. (Con voz.)

LOS DOS. Gran Dios!

PAUL. Explícate.

LUIS. (Á dónde irá á parar?)

SALAZAR. Entró en el despacho, y veo un hombre de treinta á cuarenta años. Bien vestido: aspecto vulgar. Rostro demacrado por el vicio. Éste es don Martin, me dije. Efectivamente, no me había equivocado, y sin más preámbulos abordo la cuestion. Le doy parte de nuestros proyectos, y él los rechaza. Entónces le digo «miserable,» y me levanto. «Miserable.» Tu suerte está en nuestras manos. Conocemos el robo del reló... se turba. El atentado del cuarto oscuro.

NICOM. Eso! eso!

SALAZAR. Se conmueve. El crímen de la escalera! Se pone pálido! y no quieres partir, bandido! ¿Y tu inocente hija? Protervo! Y esto, y lo otro, y lo de más allá. Dominado por mi elocuencia arrebatadora, cambia de color, sus ojos se humedecen, su cuerpo vacila, y cae por fin á mis

piés ahogado en sollozos, y cogiéndome mi diestra y cubriéndola de besos, exclama! Ah! Oh! Todo lo comprendo. La sociedad quedará vengada! Se levanta, se sienta... coge una pluma de acero y escribe sobre un papel unas cuantas palabras. De pronto se lanza á la puerta. Baja de cuatro en cuatro los escalones... Yo, exclamo... Caballero... caballero... Qué se le olvida el sombrero! Nada! Me asomo á la ventana y le veo salir. El tramvia se acerca. Le llamo, me mira, y sin más ni más se lanza sobre los rails, y pasando el veloz vehículo por encima de su cuerpo, lo dejó anegado en su inmunda sangre.

TODOS. Oh! qué horror!

NICOM. Y sin sombrero?

LUIS. (Al fin, escribano!)

SALAZAR. Vean ustedes. Contemplen si quieren ese espantoso cuadro!

PAUL. No, no, yo no me atrevo!

NICOM. Desgraciado!

SALAZAR. Hé aquí su última voluntad.

NICOM. Veamos lo que dice. (Cogiendo el papel.) «Cedo, delego y traspaso al *honrado*...»

SALAZAR. Fíjese usted. Al *honrado*. Ese *honrado* soy yo.

NICOM. Sí... «Al honrado notario, don Ramon Salazar, todos mis derechos sobre mi híja Juana. Y firmo. Martin Martinez.»

PAUL. Pobre niña, qué golpe para ella!

NICOM. Al fin y al cabo era su padre! Qué ignore siempre que era un bribon!

SALAZAR. Un hombre indigno! La enseñaremos á bendecir su memoria.

NICOM. Y quién se va á encargar de anunciarle la fatal noticia?

SALAZAR. Eso me corresponde á mí. Al delegado de su padre. Es mi deber.

LUIS. Tiene razon.

SALAZAR. Francisco! Dí á la señorita Juana que tenga la bondad

de venir un momento.

FRANC. Está bien. (Váse.)

SALAZAR. Para estos lances los testigos están de más.

NICOM. Sí, dejémosle solo con ella.

PAUL. Prepárala con cuidado no vaya á matarla la noticia.

SALAZAR. Tranquilízate, eso corre de mi cuenta.

NICOM. Pronto volvemos. (Vánse.)

LUIS. Magnífico, señor notario. Has estado soberbio! Los ojos húmmedos.... el tramvia... já... já... já. Voy á ponerme de etiqueta.

SALAZAR. Para qué?

LUIS. Ya lo sabrás. Hasta lúego. (Váse.)

ESCENA IX.

SALAZAR, luégo JUANA.

SALAZAR. En todo el tiempo que llevo de notario, no he mentido tanto como en este momento. Pero gracias al cielo he matado á don Martin y ya nadie se acordará de él. Ahora prepararemos á mi hija. Aquí viene.

JUANA. Caballero!... Papá, eras tú quien me llamaba?

SALAZAR. Silencio, hija mia! Abrázame, pero no me llames papá.

JUANA. Por qué?

SALAZAR. Porque he hecho dimision.

JUANA. Cómo?

SALAZAR. Yo te lo explicaré más tarde. Cuando estemos solos seré tu padre... pero cuando se halle presente alguno, aunque sea el aguador, ya no lo soy. Me comprendes?

JUANA. No mucho. Pero entónces cómo he de llamarte?

SALAZAR. Me llamarás por mi apellido, Salazar.

JUANA. Como el esposo de esa señora que me trajo aquí.

SALAZAR. Justamente. Esa señora es mi mujer.

JUANA. Cómo?

SALAZAR. Sí, mi mujer... El socio de quien te hablé!

JUANA. Ya! delante de ella sí podré llamarte papá?

SALAZAR. Al contrario. Precisamente es cuando hay que disimular más.

JUANA. Pero qué motivo...

SALAZAR. Ya lo sabrás á su tiempo. Por el pronto bástete saber que ya no te separarás de mi lado. Estás contenta?

JUANA. Sí, papá mio!

SALAZAR. Pues de tu discrecion depende... Que no se te olvide... el señor de Salazar.

JUANA. Eso cuando no estemos solos.

SALAZAR. Justo.

JUANA. Y te veré todos los dias?

SALAZAR. Y á todas horas.

JUANA. Y no me casaré con Becerro?

SALAZAR. Jamás. Un patan, un rústico que me ha tratado de ladron!

JUANA. Qué contenta estoy, papá mio! Qué feliz voy á ser!

SALAZAR. No, dí más bien: qué felic[illegible]s seremos.

JUANA. Déjame que te abrace... Estoy loca de alegría.

SALAZAR. Yo tambien. Hasta me siento con ganas de cantar, de bailar!

JUANA. Tambien yo.

LOS DOS. La ra rá la ra rán... (Bailan y cantan.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, D. NICOMEDES y PAULINA.

NICOM. Qué significa eso?

PAUL. Están bailando.

SALAZAR. (Huy! mi mujer y mi suegro!)

NICOM. Qué estabas haciendo, querido yerno?

SALAZAR. Ya lo ve usted. La estaba preparando... (Llora un poco.)

PAUL. Bonito modo.

SALAZAR. Es el mejor. El baile aturde los sentidos, marea, y en semejante estado cualquiera desgracia nos es menos sensible.

NICOM. Es la primera vez qué lo oigo... Bueno es saberlo!

SALAZAR. Voy á acompañarla á su cuarto. (Llora, hija mia...) Venga usted señorita, sígame usted.

JUANA. Vamos, papá.

SALAZAR. Ejem, ejem!...
JUANA. Cuando usted guste, señor de Salazar.
SALAZAR. Pobrecita! Todavía se acuerda de su padre. (Vánse.)

ESCENA XI.

PAULINA, NICOMEDES, á poco FRANCISCO.

NICOM. Me parece que á tu marido le falta algo. Esa manera de anunciar desgracias...
PAUL. Sí que es extraño.
NICOM. Si se estará burlando de nosotros? Sin embargo, esta carta del difunto don Martin es auténtica... esto lo conozco yo á la legua... Pero calle... esta letra... donde he visto yo... Ah! (Dándose una palmada en la frente.) Ya recuerdo... Oh! poder de la ciencia! Francisco! Francisco! Luégo me llamarás monomaniaco.
FRANC. (Saliendo.) Llamaba usted?
NICOM. Sí; sube al estante número dos, y de la carpeta H saca el número ochocientos treinta y siete de las piezas incompletas.
FRANC. (Vuelta con los autográfos!) (Se sube en una silla y coge lo que dice D. Nicomédes.)
PAUL. Pero que significa?...
NICOM. Ahora verás: esa es la carta que Ortiz te entregó el dia de tu casamiento y que tú rompiste sin leer. Yo la he reconstruido con paciencia y un poco de goma.
FRANC. Aquí está. (Dándole un papel.)
NICOM. Este es. Desgraciadamente le falta un pedazo que no pude encontrar por más que revolví toda la casa... sin duda el aire...
PAUL. Veamos lo que contiene.
NICOM. (Lee.) «Paulina... Amo á usted; pero debo confesarla que...» aquí está el agujero: «errores de mi juventud me han hecho...» el agujero otra vez. Ahora comparemos la carta de don Martin. «Cedo, delego y traslado...» Ya lo ves.. los mismos caractéres... no me había engañado...

PAUL. Es verdad.

FRANC. Vamus... un locu hace un cestu.

NICOM. Cielos! que sospecha!

PAUL. Cómo!

NICOM. Hija mia! si esta letra es de don Martin, y esta carta te la entregó Ortiz el dia de tu boda...

PAUL. Qué?

NICOM. Que Ortiz es el difunto don Martin.

PAUL. Que idea!

FRANC. Puedu irme?

NICOM. Sí; pero ántes arregla otra vez esos papeles.

FRANC. Dale que le darás. (Se coloca de rodillas en el primer cuerpo del estante de modo que se vea la planta de los piés, y en el zapato izquierdo un papel de forma irregular pegado.)

NICOM. Pero señor, ¿dónde iría á parar ese fragmento que ahora podía explicarnos... (Viendo el zapato de Francisco. Ah! no te muevas... un papel en la suela del zapato... no te muevas, maruso... si fuese el que busco... (Colocando la carta en el zapato.) El mismo! ya le tengo... no te muevas...

FRANC. ¿Pero qué diablus hace con mi zapatu...

PAUL. Pero papá...

NICOM. Estáte quieto. Leamos. «Amo á usted; pero debo confesarla que soy padre; errores de mi juventud me han hecho ocultar hasta ahora mi hija Juana.» Su hija! todo está explicado.

FRANC. Ha acabado usted ya?

NICOM. Sí, lárgate. (Váse Francisco.) Ahora comprendo el interés que demostraba por la chica. Es su padre.

PAUL. Pero quién?

NICOM. Quién ha de ser? Ortiz, ó más bien don Martin.

PAUL. Imposible!

NICOM. Aquí está tu marido. Ahora sabremos...

ESCENA XII.

DICHOS, SALAZAR.

SALAZAR. Ya la he dejado completamente resignada.

NICOM. Yerno!... tenemos que hablar!
SALAZAR. Hablar! de qué?
NICOM. De don Martin.
SALAZAR. Para qué, si ya está muerto?
NICOM. No tal! Don Martin existe, bien lo sabe usted.
SALAZAR. Está usted seguro de lo que dice?
NICOM. Segurísimo! Sabemos su verdero nombre!
SALAZAR. (Santo Dios!)
NICOM. Usted ha querido engañarnos, querido yerno, pero no le vale...
SALAZAR. Yo?
NICOM. Comprendemos los motivos que ha tenido usted para obrar así... son muy respetables...
SALAZAR. Ya lo creo. (Qué será esto?)
NICOM. Ortiz es su amigo...
SALAZAR. Ortiz?
NICOM. Sí; Ortiz ó Martin... lo mismo da. Lo negará usted todavía?
SALAZAR. No señor... puesto que todo se ha descubierto,.. (Pero de dónde habrán sacado todo esto?)
NICOM. Te convences que tengo mucho talento?
PAUL. Parece increible...
NICOM. Ya sabemos á qué atenernos... En cuanto á Juana, en nada ha variado su posicion.
PAUL. Ciertamente.
SALAZAR. Es preciso que nos la deje.
NICOM. Y nos la dejará. Yo le hablaré.
SALAZAR. Eso me corresponde á mí.
NICOM. No lo dudo; pero dispénsame si te digo, querido yerno, que no me fio de tí... Me has engañado una vez, y dice el refran...
FRANC. (Anunciando.) El señor don Luis Ortiz. (Váse.)

ESCENA XIII.

DICHOS, LUIS, de etiqueta.

LUIS. Señores...

PAUL. Ha mudado de traje!

NICOM. Para desorientar á la justicia! Tenga usted la bondad de sentarse.

PAUL. Siéntese usted.

SALAZAR. Sí, siéntese usted.

LUIS. Con mucho gusto. (Se sienta.) (Qué tiene esta gente?)

NICOM. (Sa sientan todos. Tono solemne.) Levántese usted! Tenemos que dirigirle una pregunta.

LUIS. (Se levanta.) Yo tambien tengo que... ya ven ustedes... traje oficial...

NICOM. (Severamente.) Silencio! (Ortiz se sienta.) Caballero... todo se sabe.

SALAZAR. (Haciéndole señas.) Sí... todo... más vale confesar... confíese usted...

NICOM. Ahora que conocen todos sus crímenes...

LUIS. Caballero!

NICOM. Todos sus extravíos...

LUIS. Permita usted...

NICOM. Todos sus errores...

LUIS. Ah! Usted sabe... perdóneme usted, uno es jóven... y el corazon...

SALAZAR. Sí, la fuga de las pasiones...

NICOM. Convenido... tiene usted un medio de rehabilitarse á nuestros ojos. ¿Quiere usted ayudarnos á labrar la felicidad de Juana?

SALAZAR. Vaya si quiere! (Le hace seña.)

NICOM. Silencio!

LUIS. Que si quiero! á todo estoy pronto... hable usted, qué debo hacer?

SALAZAR. (Bien; me ha comprendido!)

NICOM. Muy bien! Pues nosotros tres proponemos...

SALAZAR. Eso es; proponemos...

NICOM. En primer lugar le presentaremos á Juana.

LUIS. Ah! eso es lo que deseo!

NICOM. Podrá estrecharla contra su corazon. No hay inconveniente por nuestra parte.

LUIS. Por la mia tampoco. Y despues?

NICOM. (Se levanta.) Despues abandonará usted la España y se marchará á Fernando Poo. (Se levantan todos.)

ORTIZ. Permítame usted... lo que es eso.

SALAZAR. (Haciéndole señas.) Sí señor... dejará á España... se marchará. (Ap. á él.) (Sí, hombre... dí que sí.)

ORTIZ. Yo?

NICOM. Nosotros pagaremos el viaje... si es preciso...

SALAZAR. Y te compraremos un pico y un azadon y algunos objetos de bisutería.

ORTIZ. Permítanme ustedes que les diga...

SALAZAR. (No me comprende!) Dí que sí! (Á Nicomedes.) Consiente.

ORTIZ. Qué he de consentir! me niego á ello!... y estando como estoy decidido á casarme...

NICOM. Casarse usted? y con quién?

SALAZAR. Sí... con quién?... (Qué laberinto.)

ORTIZ. Con Juanita. Tengo el honor de pedir á ustedes su mano.

PAUL. Eh?

NICOM. La mano de su hija?

SALAZAR. (Tosiendo y haciéndole señas.) Es tu hija y no puedes... no puedes... es tu hija...

ORTIZ. (Estarán locos?) Cómo mi hija, si sólo tengo diez años más que ella?

SALAZAR. Eso no importa... en el Ecuador... (Ni sé lo que digo!)

NICOM. Basta de mentiras, caballero! son inútiles; tenga usted un rastro de pudor. Aquí tiene usted á su hija.

ORTIZ. Otra vez mi hija!... pues está bueno!

ESCENA XIV.

DICHOS, JUANA.

NICOM. Aproxímate, hija mia. (Á Salazar.) Cómo se parecen!... no es verdad?

SALAZAR. Ya lo creo.

PAUL. Pobre niña!

ORTIZ. (Todos se han vuelto locos!)

NICOM. Hija mia, siento decírtelo, pero tu padre acaba de ser

encargado de una mision científica en la Polinesia central...

JUANA. Dios mio! Mi papá?

SALAZAR. (Dios me dé fuerzas!)

NICOM. Déjame concluir. Parte llevando nuestra estimacion y todo lo necesario para no morirse de hambre... Quizá un dia volverá purificado por el trabajo, á ménos que algun tiburon se lo trague en la travesía... lo que sería de desear... quiero decir... de temer. Pero ántes de alejarse quiere despedirse de tí. Hija mia, abráza á tu padre. (Se limpia los ojos.)

JUANA. (Arrojándose á los brazos de Salazar.) Papá mio! Yo quiero partir contigo!

TODOS. Su papá!

ORTIZ. Catachin!

SALAZAR. (El trueno gordo!)

NICOM. Cómo, yerno... Tú eres don Martin! el que me dió de mogicones en el cuarto oscuro!

SALAZAR. Pues bien, sí, soy yo. Hace dos dias estoy sosteniendo una lucha titánica, pero ya no puedo más. La fatalidad me ha vencido!

PAUL. Es decir, que Juana es hija tuya! (Llorando.)

SALAZAR. Sí, ya te lo había prevenido, ántes de la boda te escribí una carta.

ORTIZ. Que usted rompió sin leerla.

NICOM. Aquí está. (Saca la carta.)

SALAZAR. Qué es eso?

NICOM. La prueba de tu inocencia... la carta...

SALAZAR. Cómo! existe! (Á Paulina.) Ya ves que no merezco el maximum de la pena... Exigirás ahora que me vaya á Fernando Póo?

PAUL. No, es demasiado lejos, aquí, á mi lado.

SALAZAR. Y tú, Juana mia, me perdonas?

PAUL. ¿No está convenido que se quedaría con nosotros?

SALAZAR. Oh! qué buena eres... Mi mujer!... mi hija... (Las abraza.)

ORTIZ. (Metiéndose por medio.) Tu yerno! Qué lindo cuadro, sólo falta el marco...

Salazar. Eh! qué significa...

Ortiz. Que Juanita es la mujer que adoro, que ella me adora á mí, y que tengo el honor de pedírtela en matrimonio.

Salazar. Pero esto es un sueño! Hace un momento llovían desgracias sobre mí, y ahora me abruma la felicidad.

Nicom. Cuidado, yerno, que tú haces muy mal profeta, es preciso saber ántes...

Salazar. Qué?

Nicom. Si estos señores están conformes con todo esto.

La idea de traducir
este juguete francés,
fué con el solo interés
de hacer á ustedes reir.
Si lo llegó á conseguir
les suplica el traductor
que no olviden, por favor,
como justicia notoria,
que si cabe alguna gloria
es al verdadero autor.

FIN DEL JUGUETE.

ZARZUELAS.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. qqe corresponde
		¡De los toros!.	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario.	1	D. Cárlos Mangiagalli. .	M.
2	2	El estudiantillo.	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
5	1	Lo que puede decirse, *parodia*.	1	Cuartero y Mangiag.	L. y M.
		Ladrones!.	1	Amatriain y Ruiz. . .	M.
2	3	Maestro de amor.	1	Navarro y Alcalá Galiano.	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa.	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
»	»	Un crímen misterioso.	1	Lastra y Valverde y Chueca.	L. y M.
		Un maestro de obra prima. . .	1	Ruesga, Valverde, y Chueca.	L. y M.
12	9 c.	¡Á los toros!	2	Vega, Valverde y Chueca.	L. y M.
		¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca.	M.
»	»	El laurel de oro.	2	Rubio y Taboada. . . .	M.
		El pájaro verde.	2	D. Cárlos Mangiagalli. .	M.
		Huyendo de ellas.	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle. . . .	L. y M.
		Los Madriles.	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Quiera usted á mi mejer.	3	Cuartero y Mangiag.	L. y M.
		Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion. .	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.